

un camino en que los principios, tan espinosos para otros muchos, parecían demasiado suaves á este prosélito fervoroso. Declaró desde luego una guerra á muerte á las inclinaciones menos peligrosas, hasta empeñarse absolutamente en vencer el sueño. No se acostaba para dormir, y solo descansaba algunos instantes apoyado en un árbol ó en la punta de una peña. No hablaba palabra alguna inútil, y era tal su recogimiento en medio de los varios ejercicios de la cocina á que le destinaron, que en vez de distraerle los objetos que tenia á la vista, solo servían para recordarle las verdades eternas. El fuego material le representaba con tanta viveza el del infierno, que le observaron muchas veces anegado en lágrimas y gimiendo amargamente por la ciega temeridad de los pecadores. Pidió con muchas instancias á su abad que le concediese permiso para retirarse al desierto y vivir en un perfecto olvido de todas las cosas de este mundo; pero mientras vivió el abad Pedro no se lo consentió á causa de sus pocos años.

Comunicando Pablo su pensamiento á su amigo Demetrio despues de la muerte del abad, se retiraron juntos á la cima del monte de Latra, en el que habia una gruta llamada de la Madre de Dios. Receloso Demetrio de que no pudiesen subsistir en ella, propuso que convendría acercarse á la laura de los Celibares, situada en el mismo pais. «No, dijo Pablo: es necesario permanecer aqui.» — «¿Y con qué nos hemos de sustentar,» replicó Demetrio? — «Con el fruto de esos árboles,» respondió Pablo, señalando unas encinas cargadas de bellotas. Despues de haber permanecido ocho dias sin comer, probaron este alimento, que les causó unos vómitos terribles; y como Demetrio se quejase de ello, le dijo Pablo riéndose: «Con eso estaremos mas sanos y robustos, pues nos hemos purificado de los malos humores.»

Demetrio, á quien el espíritu de Dios no llamaba á una austeridad tan grande, se acercó á la laura y se puso bajo la direccion de un anacoreta muy anciano y de mucha virtud. Le refirió lo que le habia sucedido con Pablo, y cuánto sentimiento le causaba haberle dejado sin auxilio. «No te aflijas, hijo mio, le respondió el santo anacoreta: nosotros partiremos con él los alimentos que el Señor se digne suministrar-nos.» No tardó Demetrio un momento en ir á dar cuenta á Pablo, quien le dijo derramando lágrimas de gratitud: «ya ves, hermano mio, como no abandona Dios á los que se entregan en sus manos.» Mas adelante fué Pablo á buscar á un santo abad llamado Atanasio, el cual despues de haber gobernado un monasterio, vivia como anacoreta cerca de la laura del Salvador, situada en el mismo monte. Rogóle Pablo que mandase edificar una columna cerca de la laura; pero Atanasio le señaló una roca escarpada que formaba una columna natural, coronada de una gruta como si fuese su capitel, la cual habia servido de asilo á un santo solitario durante la persecucion de los iconoclastas. Vivió en ella Pablo doce años sin tener mas muebles ni utensilios que una lámpara con un poco de aceite y un peder-nal. Consistia su alimento en algunos pedazos de pan que le llevaba un aldeano de aquellos contornos. Bebia el agua de una fuente que él mismo hizo brotar de su roca, y que en lo futuro siguió siempre manando. Mas con el objeto de que no careciese del divino alimento de nuestras almas, le enviaba de cuando en cuando el abad Atanasio un sacerdote que subia con el auxilio de una escalera de mano, y celebraba el santo sacrificio (1).

Esta vida tan prodigiosa escitó la admiracion y la emulacion de un gran número

(1) Ms. Biblioth. Reg. fol. 204. num. 2450.

de personas. Establecieronse unas en las cavernas inmediatas, otras construyeron chozas; levantaron un oratorio con la advocacion de San Miguel, y poco á poco se fué formando una comunidad numerosa. Pablo, que cuidaba tan poco de su subsistencia, atendió con particular esmero á la de sus discipulos para cerrarles toda puerta á la inconstancia. Consistían todas sus delicias en la oracion y en el recogimiento, de suerte que se le veía alegre ó triste, segun la precision que tenia de hablar, ó la libertad que disfrutaba de tratar solo con Dios. Necesitó advertir esta circunstancia para edificacion de sus hermanos, que estaban absortos al observar una mudanza tan notable en su genio. Importunándole en extremo las visitas de sus discipulos y de otras muchas personas que iban sin cesar á su gruta, se retiró en secreto al sitio mas desierto del monte, espuesto á la inelemencia del aire y sin mas compañía que la de las alimañas. Halláronle por último, logrando de él que pasase alguna vez á la laura con el pretexto de la urgente necesidad de instruir y animar á los hermanos. Esto le obligó á tomar la resolucion de trasladarse á la isla de Samos; pero allí le siguió tambien su celebridad. Restableció en poco tiempo las tres lauras de aquella isla, arruinadas por los sarracenos. Insistiendo sin embargo en buscarle por todas partes los solitarios de Latra, y habiendo tenido la dicha de encontrarle le obligaron á regresar con ellos; porque del mismo modo que estaba siempre pronto á seguir las impresiones del espíritu de Dios, temia tambien confundirlas con sus propios gustos y con su satisfaccion personal.

A pesar de su inclinacion al retiro y á la abstinencia solia celebrar algunos banquetes en las fiestas mas solemnes, convidando á muchísima gente. Cierta domingo de la octava de Pascua, destinado á uno de estos banquetes de caridad, se hallaba falto

de todo género de provisiones el despensero de la comunidad y corrió apresurado á participar al Santo con una inquietud muy grande. Reprendióle Pablo su poca fé, y al momento llegaron unos machos cargados de pan blanco, vino, queso, huevos y todo género de frutas que enviaban los vecinos caritativos. Tales eran los manjares que aquellos verdaderos solitarios miraban como delicados y los reservaban para sus banquetes. Pero aun de esto se privaban á si mismos por distribuirlo á sus huéspedes y á los pobres; y en especial su santo prelado tenia tal inclinacion á hacer limosna, que daba hasta su pan y sus vestidos. Un dia que no tenia nada que dar, quiso venderse como esclavo á fin de socorrer á unos desgraciados á costa de su propia libertad.

Estendióse hasta Constantinopla y Roma la reputacion de tan acendrada virtud. El Papa dispuso que se examinase su modo de vivir y le hiciesen relacion de él. Pedro, rey de los búlgaros, le escribió muchas veces para encomendarse á sus oraciones. Consultóle el emperador Constantino Porfirogénito acerca de varias expediciones de grande importancia, cuyo éxito no dejó de dar causa al arrepentimiento, cuando no se conformó la politica con los dictámenes del siervo de Dios. Empleó Pablo eficazmente su valimiento con este príncipe para hacer espulsar de Mileto y de sus cercanias á los peligrosos maniqueos, y espiró en la laura de Latra á 15 de diciembre del año 956, en cuyo dia honra la iglesia griega su memoria. Exhortó á sus monges hasta el último aliento, sin querer nunca nombrar sucesor por mas instancias que le hicieron para ello; pues queria que su libertad en la eleccion de superior fuese tan grande como la perfeccion que habia exigido siempre de ellos en su obediencia.

Fueron tantos y tan singulares los milagros obrados en su sepulcro poco despues

de su muerte, que los solitarios se quejaron seriamente al mismo Santo, porque eran un motivo de distracción que los privaría del fruto y de las santas dulzuras de su retiro. Un día en que la curación de un energúmeno había causado mucho tumulto en la iglesia, se acercó al sepulcro del Santo uno de los ancianos de la comunidad, llamado Simeon, y le dijo como si estuviera vivo: ¿es esto lo que nos habeis recomendado sobre huir del mundo y de su estrépito? ¿No veis que nos preparais infinitas inquietudes? No tardará este lugar en verse lleno de mugeres y niños, igualmente que de hombres de todas clases. Y entonces, ¿qué será del recogimiento y de la regularidad? Decidnos desde ahora si estais en ánimo de continuar estos milagros, porque en tal caso os bajaremos del monte, y os dejaremos hacer en el llano cuanto os plazca. Esta queja singular y respetable por su sencillez, produjo el efecto que se deseaba, pues desde aquel punto no volvió el santo á curar en público á ningun endemoniado, aunque obró otros muchos milagros como los había hecho durante su vida.

Había profesado siempre una devoción muy particular á la imagen de Jesucristo, impresa milagrosamente, segun lo creían todos, en obsequio de Abgaro ó Abagaro, rey ó señor de Edesa, en un lienzo con que el Salvador se limpió el rostro. Mandó Pablo aplicar al sudario de Edesa un lienzo del mismo tamaño, y aseguran que al desplegarle vió en él una imagen semejante al original. Llamaba entonces la atención universal en todo el Oriente este divino monumento, y con especialidad en Constantinopla, adonde había sido trasladado poco antes por la solicitud del emperador Romano-Lecapeno, que le compró por doscientos sarracenos y doce mil piezas de plata. El historiador Evagrio (1), que escribía en

(1) Evagr. lib. 4 hist., cap. 27.

el siglo quinto, es el primer autor antiguo que habla de él, y le atribuye la libertad de Edesa, cuando en su tiempo sitió esta ciudad el ejército de Cosroas, rey de Persia. La historia oriental habla de su traslación (1), y leemos toda la serie de este prodigio en un discurso atribuido al emperador Constantino Porfirogénito (2), que, además de los milagros obrados en los primeros tiempos con ocasión de esta imagen, cuenta una multitud de portentos acaecidos en su traslación mientras duró el viaje desde Edesa á Constantinopla. El día 15 de agosto del año 944 llegó á esta última ciudad, y fué colocada al principio en la iglesia de nuestra Señora de Blanquerias, donde celebraba el emperador la fiesta de la Asunción. El día siguiente fué trasladada á la iglesia mayor, esto es, á Santa Sofía, para darla un culto mas brillante. Colocáronla por último en la iglesia del Faro, que era la capilla principal de palacio. Celebra la iglesia griega la fiesta de esta traslación en el día mismo de su primera celebración en Constantinopla, á saber, el 16 del mes de agosto.

El emperador Constantino escitó á Simeon ó Simon Metafraste á que secundase el celo que le movía á manifestar las maravillas que obra Dios en favor de su Iglesia por el ministerio de sus Santos (3). Simeon había nacido (882) de una familia poderosa, y dotado de un genio feliz, educado con esmero, empleado en las negociaciones mas importantes, y encumbrado á las primeras dignidades del imperio, poseía todos los talentos y cualidades necesarias para hacer no menos sólida que interesante la colección de las Vidas de Santos que se propuso escribir.

(1) Eimat. pag. 213.

(2) Combef. 16 Aug.

(3) Psell. ep. Attal. de Sim; Bolland. Praef. gen. t. 1, cap. 1 etc.

Reunió á este fin una multitud de libros, memorias y documentos originales. Pero además del gusto de su siglo, que ciertamente no era el de la verdad sencilla y desnuda, era Metafraste muy inclinado á lo maravilloso. Encontrando, pues, demasiada sencillez en los monumentos antiguos, en las primeras actas de los mártires y en los originales de la vida de muchos Santos, cambió, ó por mejor decir, desnaturalizó del todo su estilo, las amplificó con énfasis, añadió muchos hechos tomados de otras partes, y acaso inventados por un celo indiscreto, y suprimió algunos rasgos poco brillantes, pero muy necesarios á las veces, cuya importancia se ocultaba á su entendimiento que tenía mas de brillante que de juicioso. Es fácil convencerse de la justicia de esta censura, comparando sus historias de los Santos Taraco, Probo y Andrónico con las actas primitivas de estos mártires que se han descubierto en nuestros días. Diéronle estas obras el nombre de Metafraste, cuyo nombre no solo significa traductor, sino tambien autor de glosas y paráfrasis. Había adquirido mucha celebridad con sus escritos, y además de las muchas Vidas de Santos que publicó, se le atribuyeron otras varias que es difícil distinguir de las suyas. Por cuya razón todas las de aquel tiempo, ó las que están escritas por el mismo estilo, son justamente sospechosas, y solo se las puede dar crédito cuando tienen á su favor monumentos mas seguros. Simeon Metafraste murió hácia el año 976, y los griegos celebran solemnemente su fiesta el 27 de noviembre.

Hizo Constantino Porfirogénito los mayores esfuerzos para poner en un estado floreciente todas las ciencias y artes, abandonadas en sumo grado por la negligencia de sus predecesores (1). Reinó todavía este

(1) Post. Theoph. Ced.

emperador por espacio de quince años después de haberse librado de Romano-Lecapeno y de sus hijos. Libre entonces y único dueño del imperio, buscó por todas partes á los hombres de talento y habilidad, y de ninguna otra cosa cuidó tanto como de multiplicarlos. Restableció las escuelas, honró aun á los estudiantes con sus liberalidades y con su favor; hablaba familiarmente con ellos, les ofrecía recompensas y los sentaba á su mesa. El mismo había hecho tan grandes progresos, aun en las artes mecánicas, que corregía á los mejores artistas. Pero no se estendieron á mas las esperanzas concebidas de él cuando se vió libre y único dueño del imperio. Es cierto que manifestó siempre mucha religion en lo exterior, y que jamás iba á la iglesia en los días solemnes sin presentar ofrendas magníficas de ornamentos preciosos, de vasos de oro y de pedrerías de sumo valor; pero se dejaba llevar de la ira, era muy inclinado al vino, usaba de tal severidad en los castigos que rayaba en el extremo de cruel, y estaba tan dominado de la pereza que daba los empleos sin ningun discernimiento; con lo cual rayó en los últimos excesos la corrupción de los ministros, viniendo á ser todo venal en la corte.

En el año 948 había hecho coronar emperador á su hijo Romano, que contaba solo diez años; y apenas llegó á los veinte cuando se cansó de su dependencia, y dispuso que se le diese veneno en un medicamento. Aunque Constantino tomó solo una parte de él, cayó en una languidez incurable, de cuyas resultas murió por fin en el mes de noviembre del año 959, con la reputación de haber sido un sabio de primer orden y un príncipe muy mediano. Para distinguir á su sucesor del último emperador del mismo nombre, se le llamaba Romano el Mozo. Su reinado correspondió á lo que podía esperarse de un parricida. No

se condujo mejor el nuevo príncipe con su madre Elena que con su padre el emperador, pues la arrojó de palacio privándola hasta del consuelo de vivir en compañía de las princesas sus hijas, á quienes obligó á tomar el hábito de religiosas. Esto causó tal pesar á la emperatriz, que de sus resultas murió de pena. Abandonóse despues Romano á un libertinage sin límites, y murió á los veinticuatro años, habiendo reinado menos de tres y medio. Dejó por herederos á sus hijos Basilio y Constantino; pero su corta edad estorbó que subiesen entonces al trono.

Nicéforo Focas, capitán ilustre por las muchas victorias que habia conseguido contra los musulmanes y los rusos, fué proclamado emperador el día 2 de julio del año 963 por el ejército de su mando, y el 6 de agosto siguiente fué coronado en Constantinopla. Casóse algunas semanas despues con la emperatriz Teofanía, viuda de Romano, siendo igualmente viudo el mismo Focas.

El emperador Othon solicitó la alianza de los griegos á favor del joven Othon, su hijo, á quien el Papa Juan XIII habia coronado emperador de Occidente el día de Navidad del año 967 (1). Envió á Constantinopla el año siguiente á Luitprando, obispo de Cremona, encargándole que pidiese en matrimonio para el joven Othon la princesa Ana, hija del emperador Romano el Mozo y de la emperatriz Teofanía, casada en segundas nupcias con Nicéforo. Aun no habian puesto en olvido los griegos la afrenta que suponian haber recibido con la elevación de los príncipes de Occidente al imperio de la antigua Roma. Al punto que desembarcó el embajador, se vió en cierto modo preso en un palacio donde no tenia comunicacion con nadie. Lleváronle pasados tres dias al pie de un trono en que estaba

(1) Legat. Luitpr.

sentado, segun la pintura que él nos ha dejado de Nicéforo, un hombre de muy corta estatura, de cabeza grande, de color muy moreno, ojos pequeños, de larga barba y cabellera, cara ancha, el vientre grande y las piernas muy cortas. Aparecieron á la izquierda de Nicéforo, pero en lugar inferior, los dos jóvenes príncipes Basilio y Constantino sus hijastros. Tomó la palabra el emperador y dijo á Luitprando: «Yo hubiera querido recibirlos con grandes honores; pero los procedimientos de vuestro amo no me lo han permitido.» Quejóse con este motivo de los actos de autoridad y de rigor ejercidos por Othon en la ciudad de Roma, y de sus tentativas contra muchas ciudades que ocupaban todavía los griegos en Italia.

Luitprando, en quien ninguna sensacion hizo esta gravedad teatral, contestó en los términos siguientes: «Mi amo no ha ejercido tiranía en la ciudad de Roma, antes bien la ha libertado del yugo de sus opresores, pues gemia bajo el poder de unas prostitutas y de unos hombres aun mas despreciables. ¿En qué letargo dormian entonces vuestros predecesores, y esos emperadores romanos, que solo lo eran en el nombre, sin cumplir ninguna de sus obligaciones? No se ha conducido así el grande Othon: animado este por el deseo de restituir á la Iglesia su primitivo esplendor, se dirigió desde las estremidades del mundo á romper las cadenas que los perversos habian tendido á la gran ciudad de Roma, y restablecer el poder del sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Y cuando se han rebelado algunos contra una autoridad tan santa, los ha castigado como parricidas y sacrilegos, segun las leyes de Teodosio, Justiniano y otros emperadores.» Respondió Luitprando en seguida á las quejas de Nicéforo acerca de las tentativas del emperador de Occidente contra la Pulla, desde donde atizaban los

helenos las turbulencias de los demas países de Italia, y aun las incursiones de los sarracenos. Propuso luego el matrimonio del joven emperador Othon con la princesa Ana; pero Nicéforo dilató la respuesta con pretexto de una procesion que de orden suya se celebraba aquel día y cuya hora habia llegado ya.

La descripcion que de ella hace Luitprando nos suministra una idea de la magestad de aquellos emperadores que corresponde á la de su ridículo orgullo. Dice, pues, que desde el palacio hasta Santa Sofia habia una multitud de mercaderes y menestrales colocados en dos filas, la mayor parte de ellos descalzos y armados de dardos y de escudos mohosos. Los grandes que acompañaban al emperador llevaban vestidos de gala, pero tan viejos y andrajosos que hubiera sido mucho mas lucida la comitiva si se hubiesen presentado con el traje ordinario. Solo el emperador llevaba oro y pedrería; pero estos adornos imperiales, hechos para otros hombres de diferente estatura que la suya, parecian prestados, siendo mas á propósito para una farsa que para una ceremonia augusta. Al pasar Nicéforo levantaron la voz unos cantores que estaban colocados en un tablado, y dijeron: «ved ahí la estrella de la mañana, la aurora de los días claros y serenos, el azote de los musulmanes: pueblos, adorad á vuestro emperador, y doblad la cerviz bajo su poder inmortal.»

Nicéforo despues de esta especie de apoteosis convidó al embajador á comer á su mesa. Mas queriendo prolongar su triunfo, y dejándose llevar con bastante altanería de su maligna vanidad, le dijo: «vosotros no sois romanos, sino lombardos.» «En eso, respondió Luitprando, nos haceis justicia; porque nosotros los occidentales, ya seamos francos, ya sajones ó lombardos, si os place darnos este nombre, no podemos injuriar á otro en los tiempos presentes mejor que llamándole romano: dictado que nos

B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

ofrece á la vez la idea de la bajeza, del fraude, de la avaricia, de la deshonestidad y de la cobardía. Otro día que Nicéforo convidó á su mesa á Luitprando, al Patriarca y á varios obispos, hizo que la conversacion recayese sobre Religion, y le preguntó qué Concilios admitian los occidentales; á lo que respondió Luitprando: «los santos Concilios de Nicea, de Constantinopla, de Éfeso, de Calcedonia, de Antioquia, de Cartago y de Ancira.» Replicó el emperador con una sonrisa maligna: «se os olvida el de Sajonia, bien que es tan reciente que todavía no le tenemos por escrito.» Contestó Luitprando diciendo: «como el remedio se debe aplicar á la parte enferma, se han celebrado los Concilios en vuestro país porque en él han tenido origen las heregias. Si la fé es nueva en Sajonia, tambien está allí floreciente y sostenida por las obras. Aquí por el contrario se conoce bastante su ancianidad en su abatimiento y decadencia.»

Este modo de proceder estaba muy lejos de conducir al objeto de la alianza que habia ido á negociar el embajador, y éste habia conocido claramente su imposibilidad al oír las proposiciones estravagantes de los griegos, pues tuvieron el descaro de pedir por preliminar la restitution de Rávena, de Roma y de toda la Italia meridional, ó á lo menos que Othon dejase á Roma en libertad y abandonase los príncipes de Cápua y de Benevento. No pensando ya Luitprando en otra cosa que en sostener la dignidad del emperador á quien servia, contestó en estos términos enérgicos: «¿Quién es el que tiene á Roma en esclavitud? ¿Por ventura no deja mi amo á la Iglesia romana la libre posesion de todos los bienes que la han concedido los emperadores en toda la estension del Occidente? En cuanto á la Italia en particular, á la Sajonia, á la Baviera y á todos los reinos del grande Othon, á fé de cristiano que no conserva ninguna ciudad